

Las palabras del viejo quedaban resonando en nuestros oídos como una música, como armonioso susurro primaveral. «Amaos siempre», esta frase nos llenaba de felicidad a mi compañerita y a mí. Era como la confirmación del cariño y de la ternura que mantenían unidas nuestras dos almitas de niños buenos, como a las violetas las raíces aromáticas con que el buen anciano las ceñía. «Amaos siempre». Si ya nos amábamos, si nos amaríamos toda la vida. ¿Por qué no?

El maestro Antonio quedaba contemplándonos desde el puente, a lo largo del sendero, hasta perdernos de vista. Y cuando por última vez tornábamos a mirarle, nos decía adiós con su viejo sombrero, o con su pañuelo rojo de guardas y flores amarillas.

Mas, he aquí que el destino, siempre cruel, nos sale al paso una tarde: Paulina se esconde dentro de la tierra para dormir y no despertar más.

Yo no podía respirar y el llanto más amargo y más ardiente inundó mis ojos. Me hacía daño el sol, y el aire, y las flores, y los pájaros y todo cuanto pudiera avivar en el recuerdo la imagen adorable de mi tierna compañerita ausente y oculta dentro de la tierra, oculta para siempre!

Tampoco el viejo zapatero era indiferente a la catástrofe. En su amplia frente, arrugada y seca, me fué fácil deletrear el pesar y la angustia que le dominaban. Viéndome llorar, lloró a su vez; pero se serenó luego y tomándome por la mano me llevó al jardín.

—No llores más, que podría oírte tu hermanita y esto la afligiría mucho.

—Pero si ella ha muerto.

—No, los niños buenos nunca mueren.

—Y entonces...

—Les salva su pureza. Es cierto que, cuando ya no hablan, cuando no contestan los llevan al cementerio y los cubren con tierra. Pero por la noche, el Hada Blanca, la Hija de la Luna, los recoge y los vuelve a la vida. Y unos se convierten en pájaros, otros en mariposas y los mejores se transforman en aromas y quedan flotando en el ambiente. A estos últimos no se les ve, pero, cuando es primavera, puede oírseles a ciertas horas del día y a veces por la noche. Pasan por sobre nuestras cabezas y van diciendo los nombres de las personas que fueron de su agrado, para demostrarles que las aman y no las olvidan.

—¿Y Paulina?

—Paulina es de estos últimos. Pasará nombrándote dentro de poco. Aguarda, aguarda, ¿no sabes que estamos en primavera?

Con los ojos muy abiertos quedé pensativo entre las flores. Paulina no tardó mucho tiempo. «Juan... an... n...» iba diciendo a través del jardín. Yo tenía en la mano un ramito de violetas atadas con una raíz aromática. Levanté el brazo y arrojé el ramo a lo alto calculando que pudiera caer en la adorable cabecilla de cabellos negros de mi compañerita. El viejo zapatero leyó en mi alma y me besó en la frente con ternura.

No sabía que fuera prohibido sentir...

Como mariposas de luz, transparentes, invisibles, las armonías partían del violín. Volaban y volaban, unas en pos de otras, buscando en dónde posarse, buscando sentimientos.

Los transeuntes, gentes de negocios los más, pasaban y pasaban, en busca de ocasiones, indiferentes a las frases del violín.

Al fin uno se detuvo: un arrapiezo de once años cuando más, limpios, muy limpios los pies; los pantalones y la blusa limpios, muy limpios y muy remendados; la gorra caída de lado e insuficiente a aprisionar aquella exhuberancia de cabellos negros, los ojos, ojillos de conejo, negros también y muy vivos.

Colgando del hombro izquierdo llevaba una pequeña caja de pino rematada en una pieza también de madera que semejava la parte inferior de un zapato. Era, bien se ve, uno de tantos limpiabotas.

El violín seguía vibrando, ora suavemente, ya con potente brío; ora esparciendo dolorosas angustias, congojas desesperantes, o bien intensas dichas o regocijos plácidos; ya soltando al aire caravanas de trinos, o ecos de cascadas en que el bosque parecía articular su pensamiento.

El arrapiezo, olvidándose de todo, acercó el cajoncillo a la ventana y subió sobre él para oír mejor.